

# EL EROS ANACREÓNTICO

Por Jimena Dib y  
María Eugenia Olazarri  
5º año Letras

Anacreonte, poeta griego del siglo VII a.C., nos introduce a través de su lírica en el mundo amoroso de corte simposíaco: la imagen del amor capaz de desenvolverse en el marco del banquete.



Las ideas expuestas en el trabajo responden a esta visión frívola y, al mismo tiempo, intensa del sentimiento erótico. A partir de los diversos fragmentos, en los que se repiten los motivos e imágenes, no sólo se pueden llegar a reconstruir vívidamente las experiencias festivas, sino también alcanzar una mayor comprensión de lo que se ha dado en llamar el *eros anacreóntico*.

El mundo de Anacreonte se caracteriza por las experiencias festivas. Todas las imágenes que nos llegan tienen como marco el banquete: la danza y el juego.

Dentro de este ámbito particular, el sentimiento erótico se recubre de tintes originales, brillantes, alegres, sutilmente crueles, matizado por el vino y el canto:

Σφαίρη δηῦτέ με πορφυρέη  
βάλλων χρυσοκόμησ' Ἔρωσ  
νήνι ποικιλοσαμβάλω  
συμπαίζειν προκαλείται.  
(13)

*Eros de doradas alas  
me golpea, otra vez, con su purpúrea pelota,  
invitándome a jugar  
con la niña de sandalias bordadas.*

Es significativa la repetición del adverbio *δηῦτέ* en la poesía erótica de Anacreonte, el cual le sirve para explicar la reincidencia de su pasión.

Eros es el dios-niño que nuevamente lo ha alcanzado con su poder, en un ambiente propicio que incita a la dulce voluptuosidad.

Anacreonte se aleja del himno religioso, no se dirige al dios sino que lo convierte en el sujeto de la acción amorosa, siendo el poeta su objeto: la pelota lanzada por el dios representa el nacimiento del deseo.

En el marco del *κῶμος*, el juego erótico en Anacreonte adopta, generalmente, la forma de la danza (*παίζειν*).

Ahora bien, el *eros anacreóntico* se nos descubre despojado de profundidad e impregnado de liviandad. La imagen que el poeta nos da del dios se corresponde con dicha superficialidad, y está, además, cargada de elementos negativos: Se divierte llevando el desasosiego a los corazones, inflamándolos y privándolos de la satisfacción de concretar su deseo.

Μεγάλω δηῦτε μὲ Ἔρωσ ἔκοφεν ὥστε χαλκεὸς  
πελακει, κειμερήϊ δ' ἔλουσεν ἐν καράδῃ.  
(25)

*Eros, herrero, me ha herido nuevamente con un  
hacha enorme,  
para sumergirme luego en la fría corriente.*

El poeta presenta su propio deseo como lucha con Eros:

Φέρ' ὕδωρ, φέρ' οἶνον, ὦ παῖ  
φέρε <δ> ἀνθεμεύντας ἡμῖν  
στεφάνους; ἔνεικον, ὡς δὴ  
πρὸς Ἔρωτα πυκταλίζω.  
(38)

*Trae el agua, trae el vino, trae,  
oh niño, los adornos floridos,  
tráelos, pues estoy  
luchando con Eros.*

El surgimiento de la pasión es sentido por Anacreonte como algo ajeno a sí mismo, como una desgracia, que acarrea el desorden y la locura —no obstante este sentimiento, prevalece en Anacreonte la imagen festiva y frívola del amor simposiarco—:

ἄστραγάλοι δ' Ἐρωτός εἰσιν  
μανίαί τε καὶ κυδοιμοί.  
(111)

*Los juegos de Eros  
son la locura y el desorden.*

El amor como locura es tradicional (μανία), pero el autor le agrega una nota realista: en el itinerario amoroso pasa del enamoramiento inicial a la pérdida del amor y de la consecuente sensación de anomalía psíquica que lo acompaña.

Ἐρέω τε δηῦτε κοῦκ' ἐρέω  
καὶ μαίνομαι κού μαίνομαι.  
(46)

*Amo y no amo  
enloquezco y no enloquezco.*

La composición es breve, pero grande su intensidad expresiva, lograda por la acumulación de verbos en primera persona que expresan la confusión y la tensión antitética del poeta.

Esta contradicción (ἐρέω κοῦκ' ἐρέω) tiene raíz en el ideal anacreóntico del placer sin exceso, que no se limita a la esfera amorosa sino que se erige en un *modus vivendi*:

ἄγε δὴ, φέρ' ἡμῖν, ὦ παῖ,  
κελέβην, ὅκως ἄμιστιν  
προπίω, τὰ μὲν δέκ' ἐγχείασ  
ὑδατος, τὰ πέντε δ' οἴνου  
κυάθους, ὡς ἀνυβρίστως  
ἄνα δηῦτε βασσαρήσω.  
ἄγε δηῦτε μηκέτ' οὔτω

πατάγω τε κάλαλητῶ  
Σκυθικὴν πόσιν παρ' οἴνω  
μελετῶμεν, ἀλλὰ καλοῖς  
ὑποπίνοντες' ἐν ὕμνοισ.  
(33)

*Vamos, muchacho, tráenos ya mismo  
una tinaja, para beber de un sorbo.  
Mezcla diez partes de agua  
y cinco de vino, y así,  
sin ofensa, celebre yo de nuevo  
las fiestas de Dioniso.  
Tráenos, ya no bebamos con estruendos  
y gritos, a la manera  
escita, sino bebiendo  
entre bellos himnos.*

Anacreonte, como simposiarca, se dirige al esclavo que escancia el vino como excusa para expresar su pensamiento. Cómo comportarse en el banquete: no la embriaguez desenfadada y violenta, sino una alegría contenida que no sobrepase los límites de una amable urbanidad de costumbres y formas.



El amor, enquistado en el marco simposiaco, responde a esta exigencia mundana. A su vez, en este ámbito, donde se conjugan el amor, el vino y el canto, no tienen cabida los temas (como el de la guerra) que no procedan de estas fuentes: su aparición le causa repulsión al poeta.

Οὐ φίλος, ὅς κρητῆρι παρὰ πλέθ' οἴνοποτάζω  
νείκεα καὶ πόλεμον δακρυσέοντα λέγει,  
ἀλλ' ὅστις Μουσέων τε καὶ ἀγλαὰ δῶρ'  
Ἄφροδίτησ  
συμμίσγων ἔρατῆσ μνήσκειται εὐφροσύνησ.  
(56)

*Quien se lamenta, con la copa llena,  
de la discordia y la guerra, no es querido,  
sino aquél que, reuniendo los dones brillantes  
de las Musas y Afrodita, evoca el placer amoroso.*

La poesía homoerótica también forma parte de la lírica de Anacreonte, quien, a través de una invocación a Dioniso, se dirige de forma indirecta al joven Cleobulo.

Κλεβούλῳ δ' ἀγαθὸς γενεῷ  
σύμβουλος, τὸν ἔμὸν δ' ἔρωτ'  
ὦ Δεύνυσε, δέχεσθαι.  
(14)

*Disprón, oh Dioniso,  
bien a Cleobulo.*

Es evidente la personalización del sentimiento amoroso, el tono intimista; el poeta nombra a su enamorado y le pide, a través de Dioniso, que apruebe su pasión.

La aprobación del amante –poeta por parte del amado o amada nos remite a otros de los motivos característicos de la lírica erótica anacreóntica: el del rechazo, vinculado de manera esencial con el de la vejez.

De forma explícita, el poeta nos señala en el fr. 13, la causa del repudio de la joven:

ἦ σ', ἔστιν γὰρ ἀπ' εὐκτίτου  
Λέσβου, τὴν μὲν ἔμῃν κόμην,  
λευκὴ γὰρ καταμέμφεται  
πρὸς δ' ἄλλην τινὰ χάσκει.

*Ella, la de la hermosa Lesbos,  
desprecia mi cabellera,  
pues es blanca; pero  
se maravilla con otra.*

La cabellera blanca –sinécdoque de la ancianidad– se convierte en el efectivo resorte que provoca el desprecio de la muchacha de Lesbos. La juventud, simbolizada por la otra cabellera, que se supone negra, por el contrario, la atrae.

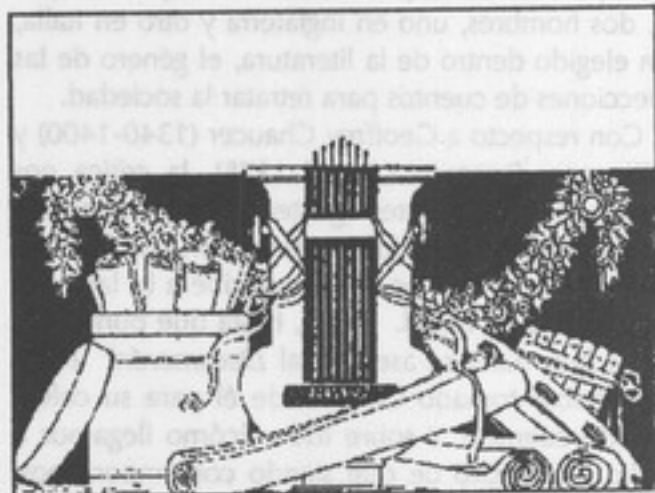
No obstante, Anacreonte rescata de la vejez un aspecto positivo: la experiencia, ya que sólo el tiempo y lo vivido la garantizan.

En el fr. 78, el poeta logra conjugar ambos aspectos: el rechazo y la experiencia, aspectos que parecen definir la vejez, siempre dentro de la esfera amorosa. Representa a la joven como una potra de Tracia (Θρηκίη), la cual pasta y baila (παίζειν) libre por la pradera porque un jinete inexperto la cabalga ahora. Pero el poeta es capaz de ponerle con destreza el freno (καλῶσ μὲν ἄν τοι τὸν καλινὸν ἐμβάλοιμι ἡνίασ) y lle-

varla hacia la meta (ἔκων στρέφοιμί <σ> ἀμφὶ τέρματα δρόμου). La connotación erótica de estas imágenes es evidente.

Esta salida airosa para la vejez es un ejemplo más del espíritu positivo y juguetón de nuestro poeta. El tipo de amor que pregona es frívolo pero brillante, insatisfecho pero risueño, nacido en el banquete, donde estas contradicciones son posibles, porque el placer y la vanidad rigen los sentidos y las emociones.

Anacreonte gusta de suavizar sus imágenes, adornarlas con flores, evitar los excesos, quitarle al amor tragicidad y por lo mismo profundidad: el dios pueril (Ἔρως δαμάλησ) que se divierte llevando fuego vano y fugaz a los corazones, con quien el poeta boxea, representa acabadamente en materia mitológica la esencia del amor anacreóntico. (\*)



**Jimena Dib  
María Eugenia Olazarri  
5º año Letras**

(\*)Esta breve investigación ha sido el resultado de los estudios realizados en el seminario sobre *Lírica griega* a cargo de la profesora Nora Andrade en el transcurso del año 1995.